

## *Louis Wirth: comentarios sobre el modo de vida urbano*

EMILIO MARTÍNEZ GUTIÉRREZ

Universidad Complutense de Madrid  
emilio.martinez@pdi.ucm.es (ESPAÑA)

### I

Louis Wirth (1897-1952) constituye uno de esos casos no tan insólitos en la historia del pensamiento social donde el peso de un texto de su autoría, soberbio y lúcido, consigue aparentemente velar los méritos de toda su obra. «Urbanism as a way of life» (*AJS*, 1938) es justo ese escrito sobre el cual pivota incesantemente, todavía hoy, la recepción y el prestigio de Wirth, dejando en un segundo plano el resto de una de las trayectorias más notables de la tradición sociológica de Chicago. Ignoro si esto pondría en un apuro al espíritu de contabilidad del que hacen gala los guardianes contemporáneos de la excelencia académica, pero ciertamente el ascendente y el talento del autor se propagaron en un haz de registros más sutiles que el mero recuento estadístico.

El volumen de obras de Wirth —entre informes, artículos, reseñas y libros— es lo suficientemente extenso y tal su calidad como para superar cualquier duda al respecto, pese a todo, tras haber merecido en su día dos obras donde se compendia lo mejor de su trabajo (Reiss 1954, 1964) —si bien con algunos contenidos repetidos— además de un completo estudio bio-bibliográfico (Salerno 1987). Sobresale especialmente su monografía *The ghetto* (1925), pero no menos su excelente traducción y prefacio de *Ideología y Utopía* de Karl Mannheim (1936). Sin embargo —como afirmaba Herbert Blumer, compañero de Wirth en Chicago— la influencia de éste resultaba menos tangible aunque fuera poderosamente efectiva. Destacado miembro del departamento de sociología de la Universidad de Chicago, donde se formó, regresó definitivamente a esta institución en 1930 como profesor, tras un breve paso por la Universidad de Tulane (Nueva Orleans). Desde entonces vendría a estimular a varias generaciones de estudiantes y sociólogos, y junto a Robert Redfield, garantizó la continuidad y transmisión de los planteamientos de la tradición definida por Robert E. Park, sobre todo en lo concerniente a los estudios de ecología urbana. Pensador fino y analítico, su talento permitió que la orientación sociológica chicaguense conservara ese empuje teórico-empirista que le había provisto de gran parte de su atractivo en el abordaje de la complejidad social, y esto en un momento en que el eje de la sociología americana se desplazaba hacia Harvard, con las figuras de Parsons, Mayo, Sorokin, etc. Wirth dejaría la impronta de su juicio y capacidad de trabajo por intervenciones de todo tipo, participaciones en comisiones, organizaciones profesionales, comités científicos (*Social Science Research Committee*), agencias

federales de planificación territorial, asociaciones cívicas (relaciones raciales, derechos civiles). Su contribución al desarrollo académico y profesional de la sociología discurría asimismo por diferentes canales: asumió un rol de intermediación en el desarrollo de la perspectiva sociológica, traduciendo e incorporando textos de autores alemanes (Sombart, Von Wiese, Mannheim), impulsó el papel de la sociología como herramienta auxiliar de la planificación territorial, urbana y residencial; y en el plano institucional, presidió la Asociación Americana de Sociología (AAS) (casi un tradición para los sociólogos de Chicago), participó en el Instituto Internacional de Sociología (IIS) y fue uno de los artífices de la Asociación Internacional de Sociología (ISA), de la cual fue su primer presidente.

## II

Se ha apreciado en general la unidad de pensamiento bien reconocible en el análisis sociológico de Wirth, incluso siendo considerablemente variados los temas afrontados a lo largo de su trayectoria como profesor, investigador y consultor: los problemas sociales, las cuestiones políticas e ideológicas, las relaciones raciales, la teoría social y del conocimiento, el nacionalismo, el desarrollo de la sociedad de masas, la ecología humana, etc. Pero, sin duda, entre esa diversidad temática sobresale la aportación realizada al estudio de la ciudad y del urbanismo, que una veces por implicación y otras por determinación, está bien presente en su obra. El urbanismo ocupa el núcleo de sus intereses intelectuales como elemento articulador de la sociedad moderna. De acuerdo con lo expresado por Blumer (1956), el urbanismo no sólo es un tema de estudio para Wirth, sino una perspectiva que le permite la aproximación, observación y clasificación de factores centrales de la vida social.

A veces se ha justificado el interés de Wirth por el fenómeno urbano en el choque que le produjo la experiencia de la gran ciudad, Chicago, a un joven como él, procedente de una aldea alemana de 900 habitantes (Gemünden). Independientemente de que tras su dedicación existiera una motivación o experiencia particular, lo cierto es que su primera incursión en esta temática procedía del estímulo intelectual de Park y Burgess. De hecho, Wirth elabora «A Bibliography of the Urban Community» un completo estudio bibliográfico sobre la ciudad que fue incorporado como último apartado del célebre libro colectivo *The City* (Park, Burgess & McKenzie 1925). Poco después, bajo la tutela de Park, concluiría su tesis doctoral sobre la historia natural del gueto judío. Esta monografía, *The ghetto*, prologada por Park (1928), es un clásico de la ecología urbana, pero igualmente constituye una obra de referencia de los estudios sobre las relaciones étnicas y raciales. El trabajo contempla la hipótesis zonal de Burgess y la conformación de áreas naturales, culturales y regiones morales que Park identificaba en el proceso de crecimiento y diferenciación ecológica de la ciudad. Ciertamente es algo más que un tratado sobre la segregación urbana, la formación de enclaves étnicos y su significación sociológica, pues aborda también la persistencia de una institución (física, social y psicológica, el gueto judío) que determina las

interacciones entre individuos y grupos pertenecientes a distintas comunidades de memoria. En ese entramado la gran ciudad se perfila como un escenario de múltiples áreas culturales y tipos sociales en situación de copresencia (o conespacialidad), de cuyos cruces e interacciones surge la posibilidad de un nuevo patrimonio normativo y cultural característicamente sofisticado y cosmopolita. Es el contexto que prefigura el «hombre marginal» (Park), que tiene en el judío emancipado (Simmel, Wirth) un antecedente radical, producto y creador, de la cultura urbana moderna. De ahí en adelante se sucederán diferentes trabajos y publicaciones en el campo de los estudios territoriales y de la vida social en las comunidades urbanas donde el planteamiento de Wirth prolonga hasta sus últimas posibilidades lógicas los barruntos de Park, renovando su perspectiva en la confrontación con las transformaciones sociales.

Debe admitirse, no obstante, que si bien Wirth prosigue como discípulo aventajado las reflexiones parkianas respecto a los procesos de cambio social y la dimensión cultural de la ciudad, se aleja notablemente de Park desde el momento que asume una vocación intervencionista sobre la realidad social y urbana, una opción expresamente rechazada por Park, inclinado a evitar entremezclar el plano científico con el político. Pero los tiempos y circunstancias eran muy otros. En efecto, tras la crisis de 1929, el *New Deal* de la administración Roosevelt dispuso un ambicioso programa de reactivación económica y social para hacer frente a la Depresión. El Estado federal asumió la iniciativa de intervenir en el tejido social y económico. En lo referente a la cuestión residencial y la creación de infraestructuras, sectores clave en la reactivación económica, la administración puso en marcha diversas políticas de desarrollo y creó numerosas agencias donde la sociología, entre otras ciencias sociales, encontraría una oportunidad para aplicar gran parte de sus evaluaciones y prospectivas. Es sabido que, de forma general, la sociología de Chicago gozó de un notable ascendente intelectual en la orientación de muchos programas de desarrollo territorial así como en las políticas urbanas y residenciales, especialmente tras la aprobación de la National Housing Act (1934). Los modelos morfológicos de crecimiento urbano y de diferenciación zonal fueron, de hecho, institucionalizados en los códigos y prácticas técnico-burocráticas de agencias oficiales como la *Federal Housing Authority* (FHA), si bien conforme a unas categorías operativas no suscritas por los propios sociólogos de Chicago (Kuklik, 1984). Wirth se interesaría activamente en algunas de esas iniciativas reformistas, incluso legislativas, participando como consultor y miembro de varias agencias estatales y federales de planificación territorial, con la intención declarada de contribuir al bienestar general y consolidar la sociedad democrática en momentos de gran tensión social y política. Así, entre otras, asumió la dirección de la *Planning Commission* (Illinois) y fue consultor de la *National Resources Planning Board*. Poco después de que finalizara la contienda mundial, trabajó junto al arquitecto Ernst Grunsfeld en un plan de rehabilitación para la ciudad de Chicago. Esa variante respecto a la actividad puramente académica —aunque no inconexa, pues insistía en la necesidad de que el urbanismo se ajustase a categorías sociológicas y no simplemente burocráticas— le prestó la ocasión para diversificar y profundizar en sus análisis

sobre los procesos socioespaciales, lo cual se dejaría sentir firmemente tanto en sus informes a los organismos oficiales de planificación como en las publicaciones, seminarios y conferencias desprendidas de este trabajo, entre las que pueden citarse: «The Prospects of Regional Research in Relation to Social Planning» (1935); *Our Cities: Their Role in the National Economy* (1937), «Urbanism as a Way of Life» (1938), «The Urban Society and Civilization» (1940) «The Metropolitan Region as a Planning Unit» (1942), «Life in the City» (1944), «Housing as a Field of Sociological Research» (1946) «Sociological Factors in Urban Design» (1948) y «Rural-Urban Differences» (1951).

### III

Existen por supuesto otros trabajos de Wirth donde, no siendo el tema central, la vida social en la ciudad o desarrollos concretos de los procesos ecológicos están bien presentes y justificados en el curso de su argumentación. Buena parte de ellos están recogidos en las obras de escritos seleccionados a las que nos hemos referido antes. Conviene detenerse sin embargo en ese pequeño texto «Rural-Urban Differences» que acompaña este monográfico, pues constituye uno de esos trabajos tardíos de Wirth que insisten en la revisión crítica de la problemática territorial a la luz de los procesos de cambio experimentado en los ámbitos sociales y ecológicos. Pero la naturaleza del documento ha de ser explicitada para evaluar su significación y sus limitaciones. Hay que tener presente, en este sentido, que se trata de una obra póstuma: el texto publicado es el resultado de un manuscrito incompleto y de un *abstract* mecanografiado que componían la base de un tema sobre el cual Wirth conferenció en la Universidad de Wisconsin a finales de 1951. Al parecer, poco antes de su muerte, el autor acariciaba la idea de trabajar con éste y otros materiales en la elaboración de un artículo con un título similar destinado a la *American Sociological Review*. Afortunadamente el texto fue recuperado cinco años después en la forma que se ha referido para incorporarlo al volumen de escritos seleccionados de Louis Wirth, *Community Life and Social Policy* (The University of Chicago Press, 1956: 172-176), obra editada por Elizabeth Wirth Marvik y Albert J. Reiss, Jr., con prólogo de Herbert Blumer e introducción de Philip M. Hauser. Un tiempo después el escrito aparece de nuevo en la selección de Albert J. Reiss (ed.) *Louis Wirth: On Cities and Social Life* (1964) y también encuentra su hueco en la edición de obras fundamentales sobre la cultura de las ciudades que compendió Richard Sennett, *Classic Essays on the Culture of Cities* (1969).

Lo anterior bastaría para corroborar la altura del texto, pese a las circunstancias en que vio la luz y su brevedad; en todo caso, es realmente su contenido lo que le confiere su valor. Así, «Rural-Urban Differences» plantea unas líneas muy decididas de reflexión que, en el momento en que se concibe, pretendían actualizar la perspectiva y las herramientas intelectuales de que disponían los estudios sociales sobre el desarrollo metropolitano y las relaciones campo-ciudad. Llama la atención al respecto la preocupación serena de Wirth sobre las interferencias

que los programas oficiales de intervención e investigación —y las agencias institucionales encargadas de guiarlos— pudieran ocasionar eventualmente en el avance de una perspectiva intelectual válida, en la conformación disciplinar o en sus temáticas. Ciertamente es, y el mismo itinerario del autor lo confirma, que bajo determinadas condiciones la investigación aplicada y las posibilidades de intervenir en la realidad social constituyen un estímulo original al que muchos sociólogos (no sólo urbanos) han respondido, asumiendo los riesgos de pasar de un discurso descriptivo a otro normativo, y con ello el rol demiurgo atribuido al planificador. El tránsito deviene trance. La constitución de institutos y centros de planificación transversales, con sus fondos y recursos de todo tipo, ha permitido un progreso de la actividad científica, pero a menudo en líneas muy definidas que obedeciendo a programas ceñidos, pueden menguar eventualmente el campo de observación de la realidad. Un inconveniente no menor radica en la posibilidad de que en ese encuentro entre ciencia y administración se vean afectadas las categorías de conocimiento y los conceptos empleados, de naturaleza radicalmente diferente, unos de orden administrativo o tecno-burocrático (los criterios censales, por ejemplo) y otros de orden científico: el riesgo estribaría en que la confusión generada o la inercia que proporciona el uso burocrático pudieran reducir la significación de las herramientas académicas, acortar su alcance y sobre todo, que la rigidez administrativa que da por supuesta la realidad obvie su naturaleza mudable, a la que teorías, conceptos, categorías y medidas de observación científicas se refieren.

Así sucede en el caso de los frustrados estudios sobre las similitudes y diferencias existentes entre los medios rurales y urbanos en el curso de la evolución social, especialmente en los EE.UU. y en el mundo occidental. Si a principios de siglo XX la sociología y la arquitectura ya afirmaban que era el tiempo de las grandes ciudades, a mediados de siglo la civilización urbana se impone por completo: lo urbano se propaga y domina como forma cultural y como tejido físico. Esta nueva configuración territorial, resultado de múltiples procesos sociales, económicos y tecnológicos exige repensar los términos y la realidad a la que remiten. Y esto incluye el propio trabajo de Wirth, en concreto, sus postulados sobre el «urbanismo como modo de vida». En efecto, «Rural-Urban Differences» (1956) debe leerse en relación al conocido «Urbanism as a Way of Life» (1938), al que se alude en diferentes pasajes, y ambos a la luz del tiempo. En 1938 Wirth se propuso acabar con la inexistencia de una teoría sistemática del urbanismo desde una perspectiva estrictamente sociológica, exponiendo los elementos concretos que delimitaban la ciudad como emplazamiento distintivo de la vida humana, un centro que ejercía su enorme poder de atracción sobre cientos de miles de personas que terminaban incorporándose a su forma de vida. Esto último es algo sobre lo que una definición censal no podía informar. Según Wirth, no debía identificarse el urbanismo con la entidad física de la ciudad ni pensar que los atributos urbanos dejarían de manifestarse de forma repentina una vez pasada cierta línea de frontera, siempre arbitraria: de lo contrario sería impensable pretender alcanzar alguna comprensión sobre el significado del urbanismo como modo de vida. (Wirth 1938). La propuesta consistió en definir

la ciudad como un asentamiento permanente, denso y poblado de individuos socialmente heterogéneos. Dejando aparte la huella de Park y de los escritos ecológicos (la diferenciación social, la movilidad con o sin desplazamiento), el artículo era simultáneamente una exposición bien construida desde las consideraciones durkheimianas (por ejemplo, los desarrollos morfológicos, el problema de la anomia y la desregulación moral) y una teoría de la ciudad en sentido socio-demográfico donde, desde los postulados simmelianos —tan caros a los de Chicago—, se asumía la influencia del ambiente urbano sobre la personalidad, todo de tal manera que de los caracteres propios del fenómeno urbano se desprendían «elementos sugestivos para la interpretación de los procesos sociales tanto a nivel estructural como a nivel de conocimiento y de comportamiento» (Bettin 1982). Había también un eco de esos autores en lo que se refiere a la celebración de la ciudad como un ámbito de estimulación creativa y de libertad.

A partir del estudio atento de los elementos constituyentes de su definición, el urbanismo como modo de vida podía abordarse empíricamente desde tres puntos de vista interrelacionados: «(1) como una estructura física con una base de población, una tecnología y un orden ecológico; (2) como un sistema de organización social con una estructura social característica, una serie de instituciones sociales y una pauta típica de relaciones sociales; y (3) como una serie actitudes e ideas y una constelación de personalidades con formas de conducta colectiva típicas y sometidas a mecanismos de control social característicos» (Wirth 1938: 18-19). El atractivo del ensayo wirthiano descansaba en la claridad de su enunciado y en la portentosa capacidad de combinación y síntesis de postulados psicossociológicos, ecológicos y ciertas perspectivas liberales. Aun cuando cubrió una laguna importante en la teorización sociológica del urbanismo el trabajo de Wirth fue objeto con el tiempo de algunas críticas bastante certeras, bien conocidas, sobre las cuales no insistiremos aquí. Lo importante es que el propio autor plantea en «Rural-Urban Differences» la necesidad de una revisión de algunos indicadores y criterios empleados para la determinación del ambiente rural y urbano —que operan conforme a definiciones mínimas—, tanto por parte de los servicios de planificación como por parte de los medios científicos. Y esto acompañado de la exigencia de cotejar empíricamente cualquier modelo interpretativo o teoría que pretenda alguna validez, al hilo de los cambios sociales de mayor calado que afectan a los contenidos y procesos que configuran las comunidades urbanas y rurales. O como lo expresa el mismo Wirth: «Antes de dar por sentado nuestras suposiciones sobre los tipos rural-urbano deberíamos buscar qué se halla en la actualidad bajo las específicas condiciones de vida asociadas a lo que denominamos comunidades rurales y comunidades urbanas».

## BIBLIOGRAFÍA

- BETTIN, G (1982): *Los sociólogos de la ciudad*. Barcelona: Gustavo Gili.  
BLUMER, H. (1984): *The Chicago School of Sociology: Institutionalization, Diversity and the Role of Sociological Research*, Chicago: University of Chicago Press.

- BLUMER, H. (1956): «Foreword» en WIRTH, L. *Community Life and Social Policy*, Chicago: The University of Chicago Press, pp. V-X. (Elizabeth Wirth Marvik y Albert J. Reiss, Jr., eds.)
- CHAPOULIE, J.M. (2001): *La tradition sociologique de Chicago (1892-1961)*, Paris: Seuil.
- KUKCLICK, H. (1984) : «L'école de Chicago et la politique de planification urbaine. La théorie sociologique comme idéologie professionnelle» en GRAFMEYER y JOSEPH, *L'École de Chicago. Naissance de l'écologie urbaine*, Paris: Aubier, pp.333-367.
- SENNETT, R. (ed.) (1969): *Classic Essays on the Culture of Cities*, Londres: Prentice-Hall.
- WIRTH, L. (1938): «Urbanism as a Way of Life», *American Sociological Review*, 44, vol. 1. July, pp. 1-25.
- WIRTH, L. (1940): The Urban Society and Civilization, en Wirth, Louis (ed.), *Eleven Twenty Six: A Decade of Social Science Research*, p. 51-63, Chicago: The University of Chicago Press. [reed. 1974, Ayer Co.]
- WIRTH, L.: (1956): *Community Life and Social Policy*, Chicago: The University of Chicago Press, pp. 172-176 (Elizabeth Wirth Marvik y Albert J. Reiss, Jr., eds.)
- WIRTH, L. (1956): «Rural-Urban Differences» en *Community Life and Social Policy* pp. 172-176.
- REISS Jr. Albert J. (ed.) (1964): *Louis Wirth: On Cities and Social Life*. Chicago: The University of Chicago Press.
- SALERNO, Roger A. (1987): *Louis Wirth: A Bio-Bibliography*, Nueva York: Greenwood Press.

*Rural-Urban Differences\**

LOUIS WIRTH

El desarrollo separado de la sociología rural y la sociología urbana en los Estados Unidos es un accidente histórico lamentable. Obedeció en cierta medida a la disponibilidad de relativamente amplios fondos para las estaciones de experimentación agrícola y a la ausencia también de un departamento gubernamental específico consagrado a las ciudades y a la vida urbana, correspondiente más o menos a las funciones del Departamento de Agricultura en el caso de la vida rural. Los estudios urbanos del *National Resources Committee* señalan el primer reconocimiento público de este hecho.

Esta disociación administrativa entre las investigaciones sociológicas rurales y las urbanas es la causa del retraso en que se encuentran actualmente los análisis metódicos concernientes a las similitudes y diferencias entre los medios rurales y urbanos.

Las profundas y recientes transformaciones en la tecnología de la vida cotidiana, especialmente en los Estados Unidos y hasta cierto punto en todo el mundo, han hecho de esas nociones que manejamos sobre las diferencias y semejanzas entre lo rural y lo urbano algo obsoleto. La ciudad se ha derramado por el campo; los modos de vida urbanos han asumido en ciertos aspectos un matiz rural, particularmente en los suburbios. Por otro lado, la industria, que hasta ahora era característica de las ciudades, ha venido a localizarse en la campiña. Los medios de transporte han hecho accesible la ciudad para los habitantes rurales. La radio y, más recientemente, la televisión, prometen suscitar una revolución virtual. El tiempo nos empuja, pues, a una revisión del significado de los conceptos «urbano» y «rural».

Son abundantes las dificultades que hallamos al pretender realizar una comparación rigurosa de los modos de vida rural y urbano, y de sus problemas específicos, pero en ninguna parte son tan numerosos como en los Estados Unidos y en el mundo occidental, donde la fusión del campo y la ciudad se está convirtiendo en un hecho inexorable. Urbanismo no es un sinónimo amplio de industrialismo, del mismo modo que la ruralidad no puede ser identificada con el trabajo no mecanizado. Desde que el contacto social no es tan íntimamente dependiente de las relaciones personales, el tamaño de la comunidad y el emplazamiento han

---

\* Texto procedente de un manuscrito inconcluso y de un resumen mecanografiado que el autor tomó como base para una charla sobre el tema en la Universidad de Wisconsin a finales de 1951. Tras su muerte, el texto fue incorporado en el volumen de escritos seleccionados de Louis Wirth, *Community Life and Social Policy* (The University of Chicago Press, 1956: 172-176), editado por Elizabeth Wirth Marvik y Albert J. Reiss, Jr., libro que prologaba su compañero en la Universidad de Chicago, Herbert Blumer y con un breve estudio introductorio de Philip M. Hauser, su adjunto. El texto se encuentra disponible en otras dos selecciones posteriores: Albert J. Reiss (ed.) *Louis Wirth: On Cities and Social Life* (1964) y en la edición de escritos fundamentales sobre la cultura de las ciudades de Richard Sennett, *Classic Essays on the Culture of Cities* (1969).



perdido trascendencia para caracterizar el modo de vida. La estandarización de los modos de vida tiende a hacer de la vida rural tal como la hemos conocido un marco de existencia arcaico en muchos aspectos; la consideramos cada vez más el vestigio de una época anterior.

En el texto «Urbanismo como modo de vida» intenté describir la ciudad como una forma particular de asociación humana. Obviamente, bajo la suposición de que en el otro extremo de la ciudad se encontraba el campo. Indiqué entonces que «para los propósitos de una investigación sociológica, la ciudad podía ser definida como un asentamiento relativamente amplio, denso y permanente de individuos socialmente heterogéneos» e intenté desarrollar una serie de proposiciones interrelacionadas que pensaba podían ser destiladas a partir del conocimiento existente sobre la ciudad, todo ello fundamentado sobre las premisas que esta definición mínima de la ciudad como hecho social sugería.

Sea lo que fuere aquello que pudiéramos averiguar sobre la ciudad a partir de aquí, debería ser evidentemente cotejado con lo que sabemos o podemos descubrir sobre los asentamientos humanos que no son ciudades, esto es, sobre el campo. Sólo después de realizar dicha comparación estaríamos en condiciones de afirmar que hemos seleccionado aquellos aspectos significativos de la vida urbana que hacen de la ciudad una forma distintiva de asociación humana. Pero así como difieren las ciudades entre sí, así lo hacen los asentamientos rurales unos de otros. Por lo que respecta a cada uno de mis criterios de vida urbana —cantidad, densidad, permanencia y heterogeneidad— las ciudades representan un vasto *continuum* fundido con asentamientos no urbanos. Lo mismo es cierto para los asentamientos rurales, se trate de asentamientos rurales no agropecuarios, de aldeas o de establecimientos agrícolas diseminados. La agrupación indiscriminada de esta gran variedad de asentamientos rurales y urbanos confunde más que esclarece los rasgos distintivos de cada uno de ellos.

La composición de un tipo-ideal de conceptos polares tal como he hecho, y muchos otros antes de mí, no prueba que la ciudad y el campo sean básica y necesariamente diferentes. Tampoco justifica la interpretación de las características hipotéticas atribuidas a las formas de vida rural y urbana como hechos acreditados, como tan a menudo ha ocurrido. Más bien sugiere ciertas hipótesis que habrían de ser evaluadas a la luz de evidencias empíricas constantemente atesoradas. Por desgracia, esas pruebas empíricas no han sido suficientemente acumuladas como para poder examinar críticamente algunas de las hipótesis fundamentales propuestas.

No deseo que esta observación sea malinterpretada como una censura al profuso cuerpo de materiales bien concretos que han ido acopiándose sobre lo que llamamos ciudades y comunidades rurales. Mi crítica se dirige más bien hacia la forma mecánica y relativamente tosca como hemos identificado la ciudad y el campo. Aquí, como en otros muchos dominios, los estudiosos de la vida social han confiado en exceso en los datos reunidos por otros; como en nuestro caso una parte considerable de los datos procede de distintos censos gubernamentales, que para sus intenciones de clasificación emplean definiciones arbitrarias preferentemente basadas en criterios cuantitativos, hemos caído en la trampa de con-

siderar estas definiciones arbitrarias como entidades positivas, correspondientes a algo efectivo en la realidad social.

Lo que es más lamentable es el hecho de que habiendo tomado como base esta dicotomía arbitraria —y debería subrayar que técnicamente se trata de una tricotomía: lo urbano, lo rural no agrícola y lo rural agrícola— hemos construido nuestros propios datos sobre los mismos fundamentos y por consiguiente hemos engrosado el error. Podría añadir entre paréntesis que incluso en lo referente a este sistema de clasificación el conocimiento formal disponible está lejos de ser adecuado. Uno mira en vano en los manuales de sociología urbana y rural con la intención de llevar a cabo una comparación fidedigna, cuidadosa y detallada de la ciudad y del campo sobre la base de: el tamaño familiar, la mortalidad, el estado civil, la educación, los orígenes raciales y étnicos, la profesión, la riqueza, los ingresos, la vivienda, la religión, la política, el ocio, la estratificación, la movilidad social, los contactos, la pertenencia y participación en asociaciones, el consumo, el ahorro, la enfermedad, los defectos físicos, los trastornos mentales, la delincuencia y el crimen, la organización familiar, las costumbres matrimoniales, la vida sexual, la crianza de hijos y otros fenómenos que en series temporales ininterrumpidas pareciesen ser indispensables. Sin embargo, la deficiencia es tal que sólo paciente y diligentemente podría reducirse en el curso de unos pocos años.

El desarrollo de dichas series para los Estados Unidos y el resto del mundo, aunque pueda desearse con fervor, no remediará la dificultad fundamental mencionada más arriba. Lo que esperamos no es apilar un vasto cuerpo de información habitual y solvente si esta labor va a ser pródigamente desperdiciada en un sistema básico de clasificación como el empleado hasta ahora. El análisis de factor por factor de cualquier problema en términos de qué diferencias significativas han mostrado los asentamientos rurales y urbanos —se trate de índices demográficos, índices de criminalidad, gastos familiares, filiación y participación política o cualquier otro aspecto de la conducta humana— conduce a resultados estériles. De una muestra de estudios, incluyendo el mío, sobre las formas en que la gente de la ciudad y del campo se supone que difieren, he encontrado que si tenemos en cuenta cada uno de estos factores funcionales, virtualmente todas las diferencias entre el comportamiento rural y urbano pueden explicarse sin recurrir a la presunta disparidad natural rural y urbana.

Si esto demostrase ser la experiencia general de los estudiosos, sería exigible una nueva aproximación. Lo que ansiamos saber no es tanto en qué difiere un asentamiento de 2.500 habitantes respecto a otro de 2.499 individuos, ni siquiera en qué se distingue un tipo de asentamiento humano —en tanto que asentamiento— de otro, sino más bien cómo un modo de asociación humana que puede relacionarse estrechamente con un tipo de asentamiento humano condiciona los comportamientos y los problemas. Para las intenciones analíticas, esta cuestión general debería conducirnos a preguntar cómo la cantidad, la densidad y la heterogeneidad afectan a las relaciones entre los hombres. Para dicho propósito podríamos ignorar las categorías urbanas y rurales definidas estadísticamente y tratar más bien con los grados de un *continuum*.

Una población de gran tamaño sugiere variabilidad individual, relativa ausencia de conocimiento personal íntimo entre quienes se tratan, segmentación de las relaciones humanas y un carácter utilitario, anónimo, impersonal, transitorio y superficial en dichas relaciones. De la densidad puede esperarse que genere y acentúe la diversificación, amén de una especialización, y dada una amplia población muy heterogénea, provocar esa condición excepcional de coincidencia entre contactos físicos cerrados con grandes distancias sociales, contrastes palmarios en los modos de vida y estatus, complejos patrones de segregación y un predominio de los controles formales. Si nuestra perspectiva sobre la naturaleza humana en diferentes escenarios es correcta, otros fenómenos asociados también deberían de encontrarse acentuadamente en el entorno urbano: intensa movilidad (tanto física como social), inestabilidad de la vida, flexibilidad de las estructuras e instituciones sociales, y una participación diferencial de los individuos en una gran variedad de grupos contrapuestos, concurrentes y entrecruzados con un alto índice de rotación, mediante la cual los sujetos encuentran expresión a sus intereses y satisfacen sus necesidades vitales más importantes.

Es a éstas y a similares características *sociales* que los estudiosos de la vida urbana y rural deben retornar para una comprensión razonable de las maneras en que un tipo de asentamiento se asocia con un modo de vida y un estado de ánimo. Es importante señalar que los modos de vida urbano y rural no están necesariamente confinados a los asentamientos urbanos y rurales, respectivamente, por las razones mencionadas más arriba. El mismo individuo que trabaja como peón agrícola de abril a septiembre es asimismo el *hobo* de la ciudad de octubre a marzo. La envergadura de las organizaciones agrícolas puede ser no menos impersonal que la de los sindicatos obreros o que la de los círculos de fabricantes. He observado bosques de antenas de televisión en áreas rurales de Pennsylvania y he advertido la ausencia de semejantes armazones en los grandes bloques residenciales de los suburbios de Chicago. ¿Está el aparcerero o el arrendatario negro en Mississippi más estrechamente vinculado con el propietario agrícola que el empleado de una acería en Pittsburgh con el jefe de planta?

Antes de dar por sentado nuestras suposiciones sobre los tipos rural-urbano deberíamos buscar qué se halla en la actualidad bajo las específicas condiciones de vida asociadas a lo que denominamos comunidades rurales y comunidades urbanas.

[Traducción de Emilio Martínez Gutiérrez. UCM]